

CONTRA EL DESTINO

Sergio Raúl Granados

Yo no sabía qué pasaba, mis padres siempre extraños, recuerdo que cuando era pequeño, siempre nos traían para arriba y para abajo, de lugar en lugar. Algunas veces nos quedábamos en casas de desconocidos para nosotros, o nos despertaban en la madrugada para irnos a no sé dónde, porque hasta hoy, desconozco esos lugares por los que mis padres nos trajeron durante mis primeros años.

Cuando crecí y pude comprender un poco las cosas, empecé a darme cuenta que las cosas que hacían mis padres y mis hermanos más grandes no estaban bien, pues siempre andaban como a escondidas, traían paquetes a la casa que no querían que yo tocara, ni viera.

Un día llegó la policía a la casa y preguntó por mi hermano, yo estaba solo, le dije que en la mañana había salido a trabajar, yo no sabía en qué, pero como así decía él, fue lo que dije. El policía me preguntó que si se había llevado un paquete, dije que sí, que llevaba un paquete. El policía le dijo a su compañero “ya está”, y se fueron.

Al día siguiente, mi hermano apareció completamente drogado, a tal grado, que tuvo que venir una ambulancia de la Cruz Roja por él, se había pasado de droga y estaba muy mal. Lo internaron posteriormente en un *CRD*, Centro de Rehabilitación para Drogadictos.

Cuando mi padre llegaba a casa, siempre lo notaba raro, ahora comprendo que andaba drogado, al igual que mi madre.

Yo en la escuela no podía concentrarme, no me hacía a la idea de vivir así, sin embargo, un día mi papá me llevó con él a entregar, según me dijo, una “mercancía” a Tijuana, nos detuvieron porque mi padre iba manejando muy rápido y al cuestionarlo de la velocidad se comportó agresivo y sospechoso. Nos bajaron del carro y lo empezaron a revisar, primero a mi papá y después al carro. De repente, veo como uno de los policías le habló a alguien por radio y no pasaron ni tres o cuatro minutos cuando ya estábamos rodeados de más de diez patrullas con los códigos encendidos. Se bajaron y fueron directamente al carro de mi papá y pude observar cómo arrancaban los forros de los asientos delanteros, y allí donde yo venía sentado y recargado, estaban unos paquetes, supongo que de

Contra el destino

Sergio Raúl Granados

droga, que empezaron a sacar, a mi papá ya lo tenían tirado en el piso boca abajo y con las manos hacia atrás esposado. A mi me agarró del hombro uno de los policías que traía capucha negra.

__¿Qué es tuyo?

__ Mi papá

__¿Cuántos años tienes?

__Nueve

__Van a venir por ti unas enfermeras__ dijo el policía.

__¿A dónde me van a llevar?

__A un lugar seguro para ti, no tengas miedo, después te llevarán a tu casa.

__¿Qué le van a hacer a mi papá?

__Tu papá está en serios problemas, no creo que salga pronto__ dijo el oficial muy seguro de lo que decía.

Me tuvieron dos días en un centro para menores infractores de Tijuana y luego me llevaron a mi casa. Por suerte, mi mamá no andaba haciendo de las suyas, y que, por suerte, también andaba en sus cinco sentidos, situación que favoreció para que me dejaran con ella. Noté que fingió tristeza cuando le dijeron lo de mi papá, pues nunca le preocupaba nada, ni siquiera cuando mi hermana drogada amanecía tirada y recargada en la puerta de nuestra casa, ahí la dejaba hasta que volvía en sí, sola. Yo trataba de ayudarla pero no podía y mi mamá me decía que la dejara, que no tenía nada malo.

Durante la ausencia de mi papá, mi mamá se encargó del “negocio”, llegaban hombres seguido a la casa, traían cosas y se llevaban otras. Mis hermanos se iban por días y regresaban con mucho dinero que contaban en las madrugadas cuando todo mundo se encontraba dormido. Yo me daba cuenta porque me levantaba al baño y me hacía el somnoliento y pasaba con los ojos como cerrados, pero sí alcanzaba a ver mucho, pero muchísimo dinero sobre la mesa y también mucho licor y un olor muy feo. Podía ver a unos señores con rifles en sus manos como si estuvieran haciendo guardia y listos para disparar a lo que se volviera sospechoso. Todo eso me daba mucho miedo, porque pensaba que si estaban tomando, en cualquier momento se podían

disgustar entre ellos y podían hacerle daño a mi familia. Todo el tiempo era lo mismo, siempre estaba con ese temor. Mi mamá se iba con los hombres y había veces que volvía hasta en tres días, mientras, yo no comía bien. Mi hermana no cocinaba, sólo compraba comida rápida, y eso cuando andaba bien, regularmente, llegaba un amigo suyo, según ella decía que era su novio y se la pasaban en el cuarto de ella encerrados por horas. Yo me iba a casa de mi abuela, la mamá de mi papá, a ella le contaba mis penas y ella me consolaba, me decía que me iba a llevar con ella, que estaba viendo esa posibilidad. Yo dentro de mí, me ilusionaba de verdad, pero cuando llegaba a mi casa, todos mis sueños se esfumaban, pues mis hermanos, todos andaban mal, uno estaba recluido en un centro de rehabilitación por su adicción a las drogas, los otros, en las calles vendiendo droga.

Un día que estaba a punto de levantarme, me asomé por la ventana y vi cuando tres patrullas rodearon el carro del novio de mi hermana, ahí estaba ella también. Ellos se percataron de la presencia policiaca, él intentó escapar echándoles el auto encima, los policías lo esquivaron, pero del costado izquierdo venían dos patrullas más y le chocaron el guardafangos delantero izquierdo, haciendo virar el vehículo hacia la banqueta con la que se estrellaron, los policías los rodearon y los bajaron apuntándoles con las pistolas y los subieron a las patrullas. Traían droga y los habían estado esperando.

Mi papá ya había cumplido ocho meses en la cárcel de Tijuana y lo dejaron libre, según esto, que un oficial lo ayudó a salir pagando una fuerte fianza. Llegó a la casa y cuando me vio no hizo, ni dijo nada, como si no me hubiera dejado de ver tanto tiempo. Cuando lo vi, me dio mucho gusto, pero al ver que no me saludó y no dijo ni una palabra, me vino una rabia y tristeza a la vez, pues sólo de pensar en todas las situaciones tan fuertes en las que me ha metido a mí y a toda mi familia, no sabía si irme a la calle y no volver nunca, largarme para siempre, perderme no sé en dónde, en ese instante pasaron por mi mente muchas cosas muy malas acerca de qué hacer con mi vida, hasta llegué a pensar en sólo desaparecer, pero tenía mucho miedo y lo único que me mantenía con esperanza

Contra el destino

Sergio Raúl Granados

era la promesa que mi abuela me había hecho... "yo te voy a llevar conmigo y no voy a permitir que te envuelvan en sus delitos". Ésa era mi ilusión, ella me decía que yo iba a estudiar, que no perdiera la fe. Aunque a veces flaqueaba, no me vencía.

Una ocasión, mi papá nos mandó a mi hermana y a mí a recoger un dinero con un señor que vivía en la colonia Voltec Centro, quedaba retirada de la que nosotros vivíamos, ya que tardamos cerca de treinta y cinco minutos en llegar. Mi hermana se bajó del carro, ella había conducido, tenía dieciséis años, aunque parecía que tenía veinte, por lo mal vivida que estaba. Tocó la puerta y abrió un señor alto que vestía todo de negro, como yo no escuchaba lo que le decía a ella, abrí la ventana del carro para escuchar y oí que le dijo:

_ ¡Dile a tu pinche padre que no esté chingando, y que si tanto le urge, que venga él!

Mi hermana le dijo:

_ ¡No soy su mandadera! ¡Vaya y dígaselo usted!, ¡Mala paga!

Ella indignada, se subió al carro y aceleró a fondo y dejamos una valla de polvo en el aire que se levantó con el derrape de las llantas. La colonia no era de buena reputación, pues en ella habían ocurrido muchos pleitos entre los propios habitantes, algunos casos hasta de homicidios. Generalmente las personas con las que mi familia tenía "negocios", vivía en este tipo de lugares. Las calles sin pavimentar, sin luz mercurial, mucha basura sin recolectar, las casas sin servicios de drenaje, etc. Lo bueno que yo no vivía ahí.

El camino de regreso se me hizo eterno, iba pensando en lo que yo quería ser, no seguir los pasos por los que mi familia me estaba conduciendo. Ellos no creían en mí, aunque faltaba mucho a la escuela, por lo mismo, a ellos no les importaba que no fuera, si necesitaban que fuera a entregar "algo", me mandaban, aunque descuidara la escuela, a mí, realmente me gustaba estar más en la escuela que en mi casa, pero ellos nunca entendían eso. Sabía que tenía que ocuparme en algo de bien, para no estar ocioso, y de esta manera, mis papás no me enviarían a sus "negocios".

Cumplidos los diez años, vuelven a detener a mi padre, ahora estaba mi madre con él, y también a ella la encerraron, les cargan delitos de narcotráfico y delincuencia organizada. Mi hermana y yo, nos

quedamos solos en casa, mis otros dos hermanos estaban en centros de rehabilitación para drogadictos, así que yo asistía irregularmente a la escuela, es más, habían semanas que no asistía ni un día.

Mi abuela, viendo mi situación, se apresuró, demandó mi caso y solicitó la patria potestad, el juez se la otorgó y me llevó a su casa. Una vez allá, me dijo lo importante que era que no dejara de estudiar, que era lo único que me sacaría adelante. Gracias a su impulso y su gran apoyo estoy en la escuela, me inscribió en la catequesis religiosa en la que he aprendido las cosas buenas que tiene la vida, entrar a otro mundo totalmente distinto al que vivía, me ha hecho ver que la vida tiene muchos caminos, pero el que te conduce por el bien, es el que está guiado por el Señor, y gracias a Él y a que tengo fe, he podido salir adelante. Estando en estas reuniones, conocí a Frisco, él me dio su apoyo total, me abrió las puertas de su corazón y las de su casa. Gracias a que cuento con mi abuela y con Frisco, he salido adelante.

Al estar y andar en un mundo normal, he conocido mucha gente buena, a personas que me siguen impulsando para que siga así, mi familia no cree en mí, ellos piensan que voy a ser como ellos. Frisco se convirtió en mi tutor, y sus consejos y apoyo me han motivado a ser alguien. Ahora soy un joven que estudia, y al relacionarme con gente diferente a la que conocía estando con mi familia, me ha dado la oportunidad de conocer a Brin, él es mi amigo desde niño, me lo volví a encontrar cuando tenía trece años, cuando estaba en secundaria, como él sabía que me gustaban los deportes extremos, me comentó de las peleas “vale todo”, yo en realidad no las conocía, me llevó a un gimnasio y me presentó al entrenador, él me dijo que podía asistir como observador para ver si en un futuro me gustaría entrar. Fui, y a la primera vez me gustó muchísimo, decidí entrar, y cada día me gustaba más. Mi entrenador me decía que era muy disciplinado, que una de las principales causas por las que una persona tiene o llega a ser alguien en lo que se proponga, es la disciplina. Pude ver que él preparaba verdaderos atletas de la disciplina del “vale todo” y yo comencé a proponerme como meta,

ser considerado, en un futuro cercano, prospecto para pelear contra quien me pusieran enfrente.

Josh, mi entrenador, corregía en mí, todas aquellas fallas en mi accionar, acerca de la defensa y el ataque, disciplinado y atento, escuchaba sus llamadas de atención, sus consejos y a veces sus gritos. Duré ocho meses entrenando, algunos días, hasta doce horas, obsesionado con algún día pelear de manera oficial.

Las peleas de entrenamiento, dentro del gimnasio ya eran comunes para mí, generalmente, a todos los compañeros con los que me había enfrentado los había derrotado, con muy pocos empleé toda mi capacidad y fuerza. Sentía que estaba aprendiendo rápido y muy bien las enseñanzas de mi entrenador, cómo no, siendo él Campeón del Mundo es su categoría en "Kick Boxing", además, sabiendo eso, que los consejos y enseñanzas me los transmite un triunfador y disciplinado hombre, me da tanta confianza que, cuando hago lo que haga, pienso en ello.

Después de ganarme la plena confianza de Josh, me inscribió en un torneo organizado por otro gimnasio, participé y derroté a mi oponente en el mismísimo primer asalto. Los organizadores, siendo del otro gimnasio me felicitaron y comentaron algunas cosas a mi favor.

Las peleas fuera de nuestro gimnasio se hicieron más frecuentes y seguido me enviaban retos algunos peleadores de otros lugares, incluso, un director de un gimnasio de Tijuana retó a Josh, y le dijo que me llevara también a mí, que a los dos nos iban a dar una paliza. Las peleas se hicieron oficiales, Josh, expuso su cinturón mundial y yo mi calidad de invicto en tres contiendas. Mi contrincante, mayor que yo seis años, pues a sus veintiún años, ya había peleado veinte veces ya que el record de invicto que presentaba era de 20-0, ocho ganadas por sumisión dos por nocaut y cinco por decisión. Yo con mi incipiente carrera no pensé nunca en darle la oportunidad de que creciera positivamente su record. Aunque fue una de las peleas más difíciles que he librado, salí con una contundente victoria por nocaut efectivo en el último round, le propiné una patada en seco en el parietal izquierdo que al ir

Contra el destino

Sergio Raúl Granados

cayendo, ni las manos metió, pues iba noqueado. Fue una de las victorias que más me ha enseñado a saber que las cosas que valen la pena cuestan mucho alcanzarlas. Había sido un reto muy comentado en los medios deportivos, porque ellos, los retadores, habían estado viniendo, previo a las peleas, a provocarnos ofreciendo entrevistas en los programas deportivos locales en los que decían que venían por el campeonato de Josh, y a mí, a quitarme lo invicto.

A Josh no le duró mucho, pues antes que terminara el segundo asalto acabó con él. Cuando el réferi dio por iniciado el round, Josh lo recibió con una fuerte patada de vuelta completa a la inversa y por debajo, misma que fue a parar en la rodilla izquierda de su contrincante, quien no pudo disimular el dolor que se reflejaba en su rostro. Josh se dio cuenta de ello y fintó un upper y se lanzó a sus piernas derribándolo contra la malla, le tomó la pierna izquierda y con los pies le aprisionó la cabeza, con los dos brazos apalancó la pierna izquierda hasta que tronó, el réferi, se lanzó contra Josh, hasta que desistió de su arremetida. El oponente quería seguir luchando, quizás no sentía dolor o no sabía que su rodilla estaba destrozada. Al intentar levantarse no lo hizo bien y el réferi le ayudó, Josh se acercó a él y lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y su oponente le agradeció el gesto con una sonrisa, lo abrazó también y le levantó el brazo como señal de que reconocía que fue mejor.

Al paso del tiempo, y con más contiendas libradas favorablemente, me gané el derecho de pelear por el campeonato municipal en un torneo eliminatorio de varias peleas, mismas que el que ganara en sus cinco contiendas, tendría que enfrentarse al otro peleador que hubiese ganado las otras cinco. Afortunadamente vencí a los cinco que me enfrenté y en la final derroté por decisión dividida al campeón de la otra eliminatoria y me proclamé Campeón Súper Pluma Municipal.

Cada logro y cada triunfo, me hacen ver que es verdad que se pueden cambiar las cosas, ahora que soy un peleador, que sigo estudiando y que sigo obteniendo resultados positivos en lo que

hago, puedo asegurarles a todos aquellos jóvenes o a cualquier persona, que no porque alguien o mucha gente diga que no puedes hacer esto o aquello, o que no podrás jamás alcanzar algo, o que tú no eres para eso, que no tienes las cualidades o habilidades para lo otro, deban tener razón. Los triunfos y éxitos están en todas las cosas y en cualquier lugar, y están listos para que te los lleves contigo, sólo hay que luchar de verdad para hacerlos tuyos. Nada que valga la pena es fácil de alcanzar, es lo que cuesta, lo que duele, lo que cansa, pero al fin de cuentas, es lo que en verdad se disfruta con un gran orgullo interno, silencioso y discreto que te hace sentir bien contigo mismo.

De mi familia, tengo mucha pena, pero la verdad, no quiero saber nada de ellos p, por lo pronto, porque las veces que fui a verlos al lugar en el que se encuentran, no me han recibido bien, me critican y no creen que pueda ser alguien, que tarde o temprano estaré como ellos. No tengo necesidad de recibir esa clase de deseos, mejor sigo adelante, apoyado por gente que en realidad cree en mí.

Ahora que estoy en la prepa, sigo echándole muchas ganas a la escuela, y a mis entrenamientos, actualmente soy Campeón Regional de mi categoría y estoy programado para pelear en Hermosillo y sé que venceré, de la misma forma que podido vencer tantas adversidades que he vivido, mismas que por azares del destino, había destinado a padecer.

La verdad no sé por qué los compañeros de la escuela, los de mi salón y también los de los otros salones, la mayoría no trabajan en las tareas, ni en clases, no le echan ganas, quizás porque no saben lo que quieren o creen que la vida es fácil de vivirla sin estar bien preparados, no sé, pero yo, la verdad batallo mucho con el tiempo, necesito entrenar duro y eso ocupa tiempo, quiero mejorar y obtener buenos resultados en la escuela y eso lleva tiempo, pero sé que de esa manera y sólo así podré, poco a poco, alcanzar mis metas.

Fin

